

Dom

8 Jun

Homilía de Domingo de Pentecostés

Año litúrgico 2013 - 2014 - (Ciclo A)

“Como el Padre me envió, así os envío yo...”

Introducción

El hombre actual se perfila como ciudadano del mundo; el nacimiento de un espíritu universal es signo de nuestro tiempo. Las regiones, las fronteras nacionales van quedando relegadas para dar paso al acercamiento de los diversos pueblos. El proceso es costoso, si bien lleva gran velocidad y con cambios muy rápidos, profundos y amplios. En el orden humano, natural y de la convivencia, aparecen graves tensiones porque la capacidad de adaptación es más lenta, y además hay fuerzas adversas que empujan al poderío, el dominio y la violencia. Además, el hombre, sobrenaturalizado, hijo adoptivo del Dios- ha de armonizar las fuerzas de naturaleza y gracia para caminar hacia la plenitud de su vida definitiva.

Dios-Amor, está presente en cada persona porque su amor se ha derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que hemos recibido a través de Jesús-Salvador Dios y hombre verdadero, entregado por nosotros y resucitado por el Espíritu. El Espíritu que creo el mundo, lo sostiene por su fuerza sin fatiga, y será quien conduzca al hombre a su plenitud, realizando la nueva creación universal. Pentecostés es la fiesta del Espíritu, de la unidad en cada persona (en desarrollo pleno) y en la humanidad entera redimida por el Amor.



Fray Manuel González de la Fuente
Valladolid

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 2, 1-11

Al cumplirse el día de Pentecostés, estaban todos juntos en el mismo lugar. De repente, se produjo desde el cielo un estruendo, como de viento que soplaba fuertemente, y llenó toda la casa donde se encontraban sentados. Vieron aparecer unas lenguas, como llamaradas, que se dividían, posándose encima de cada uno de ellos. Se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía manifestarse. Residían entonces en Jerusalén judíos devotos venidos de todos los pueblos que hay bajo el cielo. Al oírse este ruido, acudió la multitud y quedaron desconcertados, porque cada uno los oía hablar en su propia lengua. Estaban todos estupefactos y admirados, diciendo: «¿No son galileos todos esos que están hablando? Entonces, ¿cómo es que cada uno de nosotros los oímos hablar en nuestra lengua nativa? Entre nosotros hay partos, medos, elamitas y habitantes de Mesopotamia, de Judea y Capadocia, del Ponto y Asia, de Frigia y Panfilia, de Egipto y de la zona de Libia que limita con Cirene; hay ciudadanos romanos forasteros, tanto judíos como prosélitos; también hay cretenses y árabes; y cada uno los oímos hablar de las grandezas de Dios en nuestra propia lengua».

Salmo

Salmo 103, 1ab y 24ac. 29bc-30. 31 y 34 R/. Envía tu Espíritu, Señor, y repuebla la faz de la tierra

Bendice, alma mía, al Señor: ¡Dios mío, qué grande eres! Cuántas son tus obras, Señor; la tierra está llena de tus criaturas. R/. Les retiras el aliento, y expiran y vuelven a ser polvo; envías tu espíritu, y los creas, y repueblas la faz de la tierra. R/. Gloria a Dios para siempre, goce el Señor con sus obras; que le sea agradable mi poema, y yo me alegraré con el Señor. R/.

Segunda lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios 12, 3b-7. 12-13

Hermanos: Nadie puede decir: «Jesús es Señor», sino por el Espíritu Santo. Y hay diversidad de carismas, pero un mismo Espíritu; hay diversidad de ministerios, pero un mismo Señor; y hay diversidad de actuaciones, pero un mismo Dios que obra todo en todos. Pero a cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para el bien común. Pues, lo mismo que el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, a pesar de ser muchos, son un solo cuerpo, así es también Cristo. Pues todos nosotros, judíos y griegos, esclavos y libres, hemos sido bautizados en un mismo Espíritu, para formar un solo cuerpo. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 20, 19-23

Al anochecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: «Paz a vosotros». Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús

repitió: «Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo». Y, dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos».

Pautas para la homilía

I.- Los textos del domingo.

a.- San Lucas no ofrece una crónica de sucesos sino que nos induce a descubrir la revelación teológica del misterio de Pentecostés: Con la fuerza del Espíritu aparece un lenguaje nuevo donde para hablar de Dios no hay que usar idénticos vocablos sino participar en el mismo amor al prójimo, como mandato del Señor.

b.- San Pablo utiliza con plena validez el ejemplo del organismo humano: Multitud de órganos, cada cual con sus funciones se mantienen coordinados y subordinados por la vida que les inunda desde el origen, para cubrir las necesidades personales. Si falta el alma brota la descomposición y corrupción cadavérica. Así es también en el cuerpo místico de Cristo.

El mismo Espíritu, que reinó al comienzo... es quien instaurará en el mundo el perdón y la paz, con la mediación del mismo ser humano, creado a imagen y semejanza de Dios. El Espíritu hace que todos formemos una unidad mayor y más fuerte aún que la expresada por las energías biológicas, con tal de que la libertad actúe correctamente. En cada uno, y en cada tiempo, se manifiesta el Espíritu para el bien común.

c.- San Juan recoge el saludo del resucitado por dos veces: En la primera reciben la confirmación de la experiencia pascual, y rompe la decepción y el miedo que les embargaba; en la segunda les envía con su fuerza a mostrar al mundo la salvación de Dios. No basta creer el hecho de la resurrección; es necesario experimentar su presencia novedosa, a través de la cual la comunidad cristiana encuentra en Cristo su centro y fuerza evangelizadora.

II. Una realidad viva.

a.- Personal. Tratemos ante todo de descubrir y vivir que la realidad de Pentecostés es algo de orden personal, individual, que cada cual tiene que incorporar ahora a su vida, desde su condición particular. Los primeros cristianos tuvieron serias dificultades para aceptar que lo que vivían era voluntad de Dios; se convencieron -por la fe- de la cercanía de Jesucristo resucitado, vivo y tan eficaz como la realidad física humana anterior.

b.- Imprescindible. El Espíritu Santo es una realidad tan importante en nuestra vida espiritual, que sin ella ni siquiera podemos decir: "Jesús es el Señor". A su lado, con la misma confianza y serenidad, afirmaremos que la acción del Espíritu no puede faltarnos en ningún momento, porque tenemos como fundamento de nuestro propio ser al Dios-Espíritu, aunque con demasiada facilidad no seamos conscientes de ello: Es Dios que se da, para que podamos existir y persistir. "En Él vivimos, nos movemos y existimos".

c.- Sobre-natural. La persona es el sujeto de la inhabitación Trinitaria, en cada uno de los cristianos. En ello consiste la filiación divina, de manera gratuita a través de la mediación del Hijo, Jesús el Cristo. Desde dentro, en nuestra propia esencia radica la sobrenaturaleza, y desde allí mueve las diferentes facultades para verificar sus propios actos de una manera ordenada y habitual. También a la fe pertenece la colaboración necesaria de la libertad humana para mantener el orden y la fidelidad a los planes divinos.

III. El Espíritu nos hace libres.

a.- Fuerza interior. El Espíritu tiene la misión de hacernos libres, superando cualquier tipo de esclavitud alienante. Es la energía para luchar contra las fuerzas disgregadoras del yo-humano: "demonios", pecado, egoísmos, vanidades, miedos y tantos otros movimientos que oscurecen la razón llevándole a tomar como bueno aquello que no lo es. Dios actúa siempre desde dentro y en ningún caso violenta ni el ser ni la libertad humana.

b.- Fuerza unitiva. En Pentecostés las personas de diversa lengua, raza y nación, libres y esclavos fueron capaces de entenderse... Nosotros también lo seremos, en cuanto que hemos sido bautizados en el mismo Espíritu, para formar un solo cuerpo. Ciertamente es que quedará a nuestro cargo descubrir sutilmente los campos de combate del desorden, para reforzar con la oración la fortaleza de nuestra fidelidad cotidiana.

c.- Fuerza evangelizadora. Dios-Amor presente en nosotros es la base de la unión con él y la fuerza expansiva para anunciarlo a los demás. No es un descubrimiento intelectual o meramente racional, sino afectivo, existencial, de unidad con Dios por amor gratuito. La fe es insuficiente desde lo cognitivo si no se acompaña de la adhesión voluntaria a sus contenidos transformantes de la vida. Hemos de fiarnos del Señor, y hacer lo que nos manda.

Tal experiencia nos ha de motivar a orar en todo tiempo para descubrir la alegría que encierra el hecho de compartir con los demás el tesoro escondido en nuestro corazón, y así celebrar el mandamiento del Señor: Amaos unos a otros como yo os he amado. Recibid el Espíritu Santo; perdonaos mutuamente. Paz a vosotros. Permaneced en mi amor.



Fray Manuel González de la Fuente
Valladolid

No tenemos publicado Evangelio para niños para este día.